

070. El amor, un don de Dios

¿Qué significamos con esas palabras del apóstol San Juan, cuando él nos dice y nosotros repetimos tanto: “*Dios es amor*”? (1Juan 4,8). Significamos con esa expresión tan formidable que todo lo que Dios ha hecho y hace por nosotros es obra de su amor. La actuación de Dios con el hombre es actuación de amor.

Y para que todo sea también amor en nosotros, “*Dios ha derramado su amor en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos ha dado*” (Romanos 5,5). De este modo, y como un don extraordinario de Dios, nuestra existencia entera arranca del amor, vive en el amor y se consumará en el amor.

El *amor* está íntimamente relacionado con la *vida*.

La vida procede del amor, y todo amor se resuelve en una nueva vida o en acrecentamiento de la vida.

Al estallar explosivamente la vida en nosotros, estalla de igual modo y con ímpetu el amor.

Ese amor nos lanza después a comunicarnos forzosamente a todo y a todos, llevando por doquier los gérmenes fecundos de la vida.

Cuando queremos hablar hoy del amor, empezamos muchas veces haciendo una crítica muy severa de nuestra actual sociedad por la falsificación que presenta del amor. Como el amor es la joya de más valía que Dios nos ha dado, es también la joya más falsificada. Nos hemos hecho modernamente a las fantasías, —en vez del oro, la plata y los diamantes de ley—, y esa moda la llevamos igualmente a la joya del amor. Confundir amor con placer es una equivocación soberana.

No es el mayor amante el mayor sibarita del placer, que no sueña sino en gozar. Los mayores y más genuinos amadores son los que se dan con un amor que nace de Dios y lleva a Dios.

Una gran convertida moderna, que se había revolcado tanto en el placer, decía: *Jamás hubiese creído que pudiera existir amor sin voluptuosidad; ahora sé por experiencia que las únicas embriagueces supremas están relacionadas con el amor de Dios* (Eva Lavallier). Lo decía una buena experimentada.

Y esto es lo cierto. En Dios está la clave del único amor que embriaga y satisface, ya que con Dios se relaciona todo amor que es verdaderamente amor, puesto que el amor nace de Dios, se nutre de Dios, y en Dios termina.

Dios está metido, y muy metido, dondequiera que se da el amor, lo mismo en la caricia del niño, que en el beso limpio de los novios o en la intimidad de los esposos.

Dios está metido, y muy metido, en la unión de los amigos, en la camaradería del grupo, en el placer de una excursión, en la exploración de la naturaleza, en la contemplación estética del arte.

Dios está metido, y muy metido, en corazón del padre y de la madre, en el de la viejecita adorada que reza y reza, en el de la virgen consagrada, en el del joven y la muchacha que comulgan, en el de los valientes que dan la vida por el bienestar de los demás.

Si el amor nace de Dios, podemos decir lo del poeta:

Y es el amor cosa tal
que todo amor es hermoso,
vibre en el alma inmortal

o en el pechuelo fogoso
del ave del matorral (*Gabriel y Galán*)

Desde el momento que el amor es gracia, don de Dios, ponemos amor en todo lo que hacemos, pues Dios ha metido el amor en nuestro corazón para que el amor sea el motor de toda nuestra actividad. Cuando se pone amor en todo, cambia todo lo que realizamos durante la jornada.

Rezamos conscientemente con amor, y se transforma por completo nuestra relación con Dios.

Trabajamos con amor, y no se siente el peso del calor en todo el día.

Sufrimos con amor, y el dolor se hace resignación, paz, esperanza.

Nos damos a los otros con amor, y experimentamos los gozos más profundos.

Como nos lo demostró con un ejemplo personal aquel obrero francés, tal como lo contaba él mismo:

* Trabajaba yo en una herrería y vi a un viejecito recogiendo desperdicios que colocaba en un triciclo destartalado. Encontró una rueda y me pidió que se la arreglara para su triciclo. Yo lo hice al punto, porque pensé: *¡Si este hombre fuera Cristo en persona! ¡Debo tratarlo como a Cristo.* Se lo arreglé, y el viejecito se marchó contento. Pero yo no me quedé satisfecho, y me reproché a mí mismo: *Le has hecho una obra de caridad, pero no lo has amado. Le has tratado como a un mendigo, no como a Cristo.* Lo busqué, di con él, y entonces le alargué un paquete de tabaco, diciéndole: *Fumemos juntos un cigarrillo. Te he arreglado antes la rueda, pero no te he tratado como hermano. Dame tu mano para que te la estreche.* Entonces, y sólo entonces, me di cuenta de lo que es poner amor en todo lo que hacemos.

Este obrero se ha convertido en un maestro del amor en el que Dios está metido. Y nos enseña que un amor en el que Dios no entra es un amor falaz, caricatura del amor verdadero. El amor ilícito, el amor de picoteo, el amor que con la violencia destruye el mismo amor, el amor que se encierra en sí mismo, porque no se da..., todo eso no es amor, sino egoísmo que usurpa el nombre sagrado del amor. Quiere, tal vez, ampararse en Dios, pero Dios no lo reconoce como amor emanado de sus entrañas divinas.

Cantamos muchas veces aquello: *“Si yo no tengo amor, yo nada soy, Señor”*. Es mucha verdad, como que nos lo ha dictado el mismo Dios por el apóstol San Pablo (1Corintios 13,2) Pero nosotros sabemos darle la vuelta a la frase, repetida en un tono muy positivo: *Si yo tengo mucho amor, yo lo soy todo, Señor*, y entonces encarnamos en nosotros la verdad más dulce de la vida.